

con la vida de Esopo, compuesta por Máximo Planudio y traducida del griego al latín; vienen después algunas consideraciones sobre la fábula, entresacadas de Aphtonio, Filostrato y Hermógenes, y siguen las fábulas interpretadas ó inventadas por Lorenzo Valla, Guillermo Gudanas, Adriano Barlando, Guillermo Hermano, Rimicio, Angel Policiano, Pedro Crinito, Plinio Segundo Novocomiense, Aulo Gellio, T. Livio y otros inciertos autores, con trozos sobre el apólogo, al principio de cada serie de los de estos autores.

El último tributo rendido á Esopo en nuestra patria es la publicación reciente de una obra de gran lujo, que contiene trescientas diez y ocho fábulas con treinta y dos grandes láminas y gran número de grabados (1). Acom-

tissimis iconibus in gratiam studiosæ juvenutis illustratæ. Pluribusque auctæ, etc. diligentius quam antehac emendatæ. Cum indice locupletissimo. Superiorum permissu.—Matriti: anno de MDCCLXXIX.

(1) *Las fábulas de Esopo*, traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de Fedro, Aviano, Aulo Gellio, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas de los autores citados por Eduardo Mier.—Madrid: 1871-72.

pañan á esta colección las fábulas de Gotoldo Efraim Lessing, divididas en tres libros, traducidas directamente del alemán por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Por último, el distinguido académico D. Florencio Janer, ha dado á luz un bello tomito que contiene las más notables fábulas de Esopo y Samaniego y las de Iriarte (1), perfectamente entreveradas y haciéndose de este modo muy agradable y amena su lectura.

Ahora bien, indicado lo que sabemos como cierto acerca de tan oscuro personaje, no nos entretendremos en referir las innumerables anécdotas que en las biografías de Esopo, llenas de anacronismos, se refieren, y apuntaremos, únicamente, algunas noticias del Esopo tradicional.

Según el testimonio bastante atendible de Eugeón, antiguo historiador de Sámos, nació en Mesembria, ciudad de Tracia; otra tradición, empero, más seguida aunque menos auténtica, le hace natural de Frigia. Aunque continuó viviendo con la familia de su amo Yadmón, debió éste darle la libertad por su

(1) *Colección ordenada y escogida para ejercicios de lectura en prosa y verso en las escuelas españolas y americanas.*—Barcelona: 1871.

talento y buena conducta, pues de otro modo no hubiera podido defender en justicia, como lo refiere Aristóteles, en el pasaje que en otro discurso trascribimos, á un hombre acusado, relatando una fábula en su favor. Hizo largos viajes al Asia, á Egipto y á Grecia. Plutarco refiere una anécdota que le ocurrió en la corte de Creso con el legislador de Atenas, y añade que por encargo de aquel rey asistió al banquete de los *siete sabios*, verificado en casa de Periandro de Corinto. Parece que en este viaje trató de inculcar á los atenienses, por medio de una fábula, que soportasen la dominación de Pisistrato. El mismo historiador refiere, que mandado Esopo á Delfos por Creso para ofrecer un sacrificio á Apolo y entregar una cantidad á cada habitante, habiendo visto la codicia de éstos devolvió al rey la suma y les asendereó, además, á los delfianos con fábulas que hirieron su amor propio, por lo cual le acusaron de sacrilegio, pretextando habia robado una copa de oro del templo: en su consecuencia le hicieron morir, arrojándole de la roca Hyampea. Aristófanes alude también á este hecho en las *Avispas*: «FILOCLEÓN. Un día, hallándose Esopo en Delfos..... BDELICLEÓN. Poco me importa.—Fué acusado de haber robado una copa sagrada. Pero él les contó que el

escarabajo.....—¡Oh! me aburres con tus escarabajos».

Largo tiempo las fábulas de Esopo no se conservaron, como los poemas de Homero, sino por una tradición oral. Las producciones de sus innumerables imitadores eran llamadas *fábulas esópicas* y se le atribuían indistintamente; así es que la colección de apólogos del célebre fabulista sufrió, como lo hemos visto en las diversas ediciones, infinitos cambios é interpolaciones: así se explica la diversidad de mérito que existe en las que á nosotros han llegado, pues entre muchas ingeniosas y bien ideadas fábulas, hay otras que no son tan dignas de alabanza.

Otro fabulista griego de mérito no despreciable es Babrio; mas parece sino de los cultivadores de este género alegórico el que sus personalidades se hallen envueltas en la oscuridad de los tiempos; así es que la existencia de este poeta flota desde el siglo II antes de Cristo hasta el III de nuestra era. Colócanle algunos en este último, fundándose en que el rey Alejandro, padre del jóven Branco á quien dedicó su colección, es el malogrado emperador Alejandro Severo, asesinado el año 235 á los veinte y seis de edad. Algunos suponen que era romano á causa de la forma latina de su nom-

bre (Valerius Babrius), y porque encuentran algunos latinismos en sus producciones: quizás escribió Babrio en el siglo II ó I de nuestra era; pero es lo cierto que nada sólido puede oponerse á los que le hacen contemporáneo de Augusto, y menos á los que le colocan en más atrasada fecha.

No hace muchos años Babrio era casi desconocido; se conservaban muy pocas de sus fábulas y aun se dudaba de su nombre, siendo más conocido por Gavrias; hoy, empero, es más conocido, al menos en sus obras, pues habiendo encontrado Mr. Minoide Mynas en un monasterio del monte Athos un manuscrito que contenía ciento veinte y tres fábulas, el gobierno francés las hizo imprimir en 1840, añadiéndose otras siete no incluidas en dicha colección: están versificadas en *coliambo* ó *trímetro escazón*.

Por no dar desmesurada extensión á este asunto, condensaremos en pocas palabras un breve juicio acerca de este poeta.

Schoell considera que sus fábulas aventajan á las de Fedro, esto es, á la de todos los fabulistas conocidos, menos Lafontaine, por la naturalidad y armonía que alguna vez faltan en el latino. Si bien esto es cierto, así como el que Babrio aventaja á Fedro, en general, por

la severidad de la versificación, por el vigor y concisión del estilo, en cambio éste tiene más solidez de ideas, y en su dicción no se notan muchos de los defectos en que aquel incurre. Estos consisten principalmente en la puerilidad de algunos apólogos; en la oscuridad, robuscamiento y violencia de la moralidad de otros; en la frecuente repetición de los pensamientos morales; pero en su lugar hay fábulas muy buenas, otras excelentes y algunas son verdaderas obras maestras en el género. Véanse, por ejemplo, *el león enfermo*, *el lobo y la nodriza*, *el cuervo y la zorra*, *el mosquito y el toro*, *el perro y la sombra*, etc. etc.

Respecto á la originalidad de Babrio sería imposible investigarla, pues, como queda indicado, nada ó casi nada se conserva de las fábulas de otros escritores griegos: parece que en general se ejercitó en versificar asuntos ya existentes; mas no es violento considerarle como verdadero inventor de algunos.

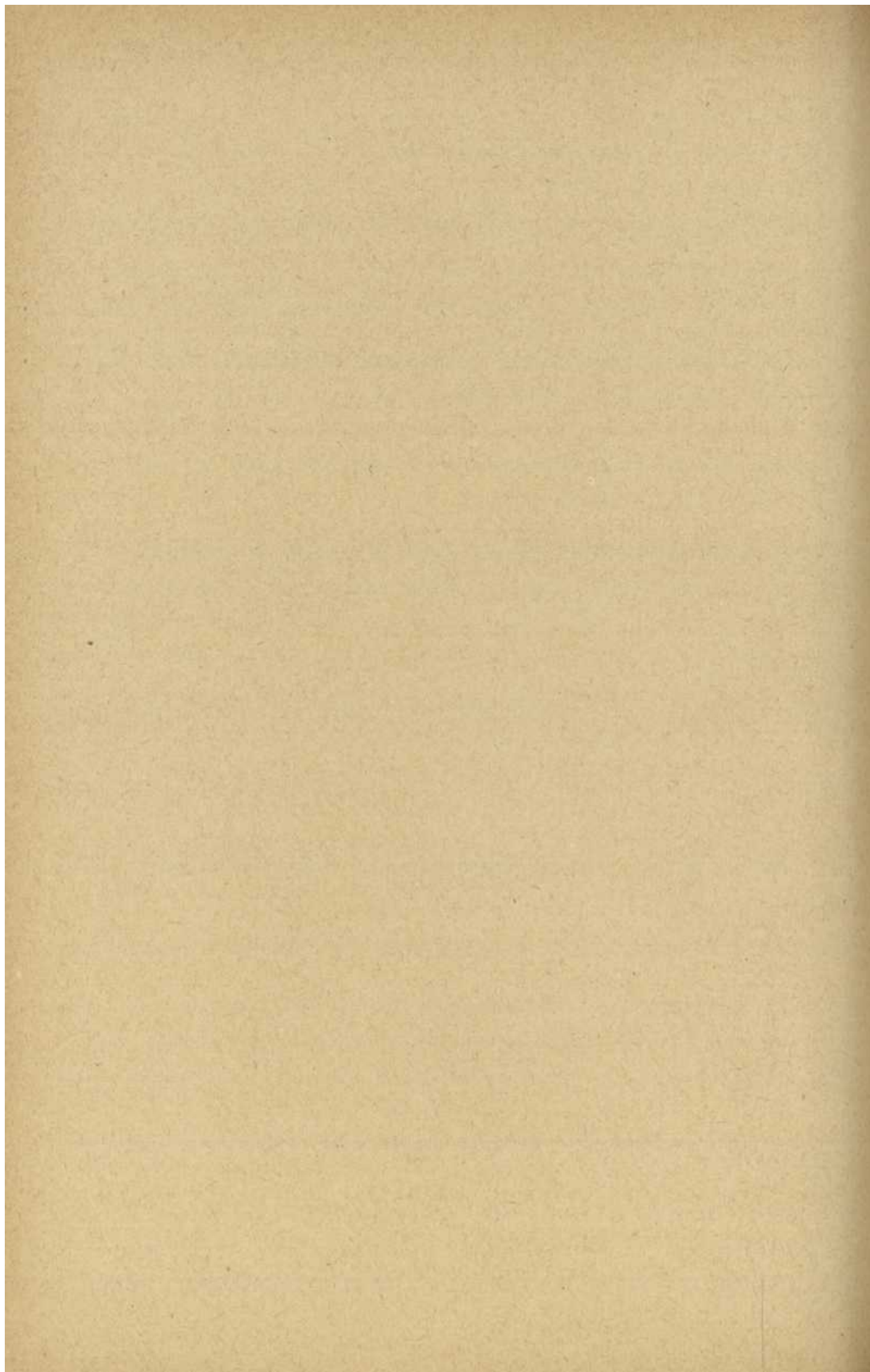
Las fábulas de Babrio tuvieron la misma suerte que las esópicas en general, en manos de los bizantinos Tzetzes, Ignacio Magister y Planudio, que las arreglaron y desfiguraron en prosa y verso, teniendo el segundo (siglo IX) el raro capricho de reducir las de nuestro poeta á cuatro versos yámbicos precisamente,

cualquiera que fuese el asunto y la extensión de cada fábula.

Por último, Aftonio de Antioquia, retórico de la época greco-romana, escribió, á fines del siglo II de la Iglesia ó principios del III, fábulas griegas que no dejan de ser elegantes. Ellas con las de Esopo y Abstemio (fabulista italiano) forman una elegante colección, impresa en Francfort en 1616.

HE DICHO.







DISCURSO VI.

Primeros ensayos de la fábula en la literatura latina.—Vémosla aparecer en Ennio; en Plauto, en Lucilio; y principalmente en Horacio: ejemplos.—Fedro, primer fabulista latino.—Confusión que ha reinado durante mucho tiempo tanto respecto á Fedro como á sus fábulas.—Noticias biográficas de Fedro.—Sus fábulas: estudio crítico acerca de ellas.—Ariano: sus apólogos.—Colección de fábulas de Faerno.—Idem de Desbillons.

SEÑORES:

Del mismo modo que en la literatura griega, antes de encontrar verdaderos fabulistas observamos esparcidas en otros escritores muestras del apólogo, en la literatura de Roma se hallan engarzados algunos ejemplos de este género en obras y tratados de otra índole, pero siempre con el fin de emitir un concepto en forma alegórica, para que la impresión sea mayor y más duradera. Y no puede suceder de otra manera: dado el axioma de que la naturaleza no da saltos en ninguna de sus manifes-

taciones, y aplicada esta verdad al espíritu humano como manera de ser de aquella, es claro que no podrá tampoco producir cosa alguna brusca y repentinamente. Así, pues, este precedente, apuntado *à priori*, es suficiente à explicar de modo satisfactorio el fenómeno siempre observado de presentarse aislados, y como en tímido ensayo, todos los géneros literarios, antes de aparecer con la debida sanción, merced à ser cultivados con especial predilección por ingenios eminentes.

Prescindiendo del apólogo dudosamente auténtico que Menenio Agrippa refirió à la plebe romana en los primeros tiempos de la república (siglo V. a. d. J.), y que nos ha conservado el candoroso historiador Tito-Livio (lib. II. c. 32), los críticos hacen notar: que el poeta Q. Ennio (siglo III a. d. J.) insertó en una de sus sátiras una fábula titulada *la calandria*; que en el gran cómico Plauto (siglo II a. d. J.) encontramos algunas fàbulas en sus comedias, como en un pasaje en que Euclión se compara con *un asno* y à su interlocutor Megadoro con *un buey* (*Aulularia*, acto II. escena II, v. 51-58); y que el escritor satírico C. Lucilio, de la misma época, escribió la de *el león y la zorra*. Pero en donde hallamos, entre otros varios que se apuntan, dos apólogos de verda-

dero mérito, reproducidos en diversas ocasiones en posteriores tiempos, es en los *sermones* del insigne Horacio: uno es el bellissimo de *el ratón de la ciudad y el del campo* (lib. II, sátira 6.^a v. 78-118), donde se encuentran prodigadas las formas más ligeras y festivas con naturalidad y gracia y que habiendo sido imitado por la Fontaine deja mucho que desear respecto al primero: el otro está tomado del ingenioso de Estesícoro—ya citado en la literatura griega—de *el ciervo y el caballo* (lib. I, epístola 10, v. 34-41), cuya versión castellana de Búrgos es la siguiente:

De un prado à ambos común, arrojó un día
El ciervo al potro menos aguerrido:
En porfiada lid vencido el triste
Corrió y del hombre demandó el auxilio
Y embridar se dejó; mas aunque en breve
Triunfante se miró de su enemigo,
Se quedó con el freno y el ginete.

*Así, el que la pobreza huyendo esquivo
Su libertad empeña, más preciosa
Que los metales que posee el indio,
De un amo carga con el duro peso
Y eternamente vivirá cautivo,
Porque no supo limitarse á poco.*

.

Estos apuntes nos revelan la existencia en

Roma de tradiciones esópicas coetáneas de los primeros monumentos de su literatura; pero ningún escritor de los que precedieron al Esopo latino, al representante del apólogo en Roma, merece—ni lo pretendió siquiera—el título de fabulista. Fedro fué el primero que se dedicó á este género con exclusivo empeño, dándole formas propias.

Ahora bien, como nuestro objeto principal, más que el investigar datos biográficos de los fabulistas, es el reseñar—si bien toscamente—la historia de la fábula, nos desentenderemos de las difusas cuestiones eruditas á que ha dado lugar la misteriosa personalidad de Fedro y sólo de pasada, y como prolegómeno de su estudio, apuntaremos las notas más importantes que la crítica señala para esclarecer la figura de dicho personaje.

Poco conocido, tal vez despreciado durante su vida, á juzgar por el silencio de sus contemporáneos, Fedro fué exhumado, digámoslo así, del panteón literario romano en el siglo XVI. En efecto, según el testimonio de Séneca, posterior á Fedro, los romanos no tenían fabulistas hasta su época (Consol. ad Polybium); pero esta aseveración del filósofo español se explica sin necesidad de recurrir á hipótesis violentas, con sólo tener en cuenta que

un desterrado de bastantes años como él, no era el más á propósito para conocer las nuevas producciones, máxime si éstas, por su índole, no podían respirar con desahogo la atmósfera letal del despotismo imperial. Por otra parte Marcial su contemporáneo cita á Fedro en un verso (lib. III, epígr. 20.) por más que algunos consideren dudosa la alusión, y Aviano (siglo IV d. d. J.) no sólo le cita sino que apunta estar dividida su obra en *cinco libros* (epist. ad Theodosium). Es verdad que ningún otro poeta ni crítico de Roma vuelve á nombrar siquiera á nuestro fabulista, llegando á desaparecer completamente hasta presentarse metamorfoseado en unas fábulas en mala prosa de un misterioso Rómulo, que algunos suponen ser el último emperador romano Rómulo Augústulo: éste anuncia su obra como una traducción de Esopo, sin decir una palabra de Fedro, á quien copia descaradamente, teniendo la suerte de que, desde el siglo noveno al décimo sexto, se hiciesen de ella infinitas versiones á muchas lenguas. (1) Por fin en el año de 1596 el jurisconsulto Pedro Pithou encontró un manuscrito que publicó su hermano, y que descubrió la superchería del libro de Rómulo, reivindicando

(1) Véase el discurso anterior.

Fedro la originalidad; pero perdido este manuscrito y otros dos casi à la vez hallados, vuelve à ser Fedro objeto de nuevas y prolijas discusiones y desposeido de la nombradía que empezaba à adquirir, negando algunos su existencia y suponiendo que sería un tal Perotti, arzobispo de Manfredonia del siglo XV, el verdadero autor de la colección dada à luz por Pithou, por más que aquél, en el prefacio de sus fábulas, dice estar tomadas de Esopo, Fedro y Aviano; y solamente en 1830, con la publicación del manuscrito que había servido para la edición *princeps* de Pithou se puso sello à la controversia, quedando ya, de un modo irrefragable y terminante, comprobada la autenticidad y antigüedad del fabulista latino.

Hoy, pues, ya no se corre el riesgo de hacer la biografía de un hombre que no ha existido, ó de considerar como suya una obra apròcrifa; pero despues de largas y doctas disertaciones no se tienen más noticias de Fedro que las cortas y oscuras que él mismo nos proporciona. Dice Fedro que su madre le dió à luz en la montaña Pierio (lib. III prol.), pero se ignora si es la Pieria de Macedonia ó de Tracia; parece que fué llevado à Roma siendo niño en condición de esclavo en tiempo de Augusto, que le emancipó, y hay motivos suficientes pa-

ra creer que bajo Tiberio fuè acusado y perseguido por su ministro Seyano, tal vez por alusiones demasiado directas de algunas de sus fàbulas, como las de *el sol y las runas y las ranas pidiendo rey* (lib. I fàb. IV. et II); por lo demàs Fedro demuestra conocer à fondo las literaturas griega y latina y tener un talento nada común.

Las noventa fàbulas que componen la colección hecha por Fedro estàn distribuidas en cinco libros, de los cuales los dos primeros fueron publicados en tiempo de Tiberio; el tercero bajo Caligula, puesto que està dedicado à Eutycho, uno de los favoritos de este emperador, y los dos últimos bajo Claudio. Estàn escritos en versos senarios yàmbicos, imitación muy aproximada à los escazontes griegos; pero el poeta se permite muchas licencias, llegando à faltar con frecuencia à la medida de los versos. Sin embargo, la versificación es en general fluida y armoniosa; su latinidad es pura y correcta; su estilo es severo sin violencia, trabajado pero sencillo, natural y fácil al par que levantado y la lectura de sus fàbulas tan agradable y clara que ningún escritor latino le ha aventajado en esta parte; las metàforas abundan con oportunidad; las imàgenes son escasas pero de admirable

exactitud. Fedro es conciso y breve, mas sin sequedad; se desentiende de lo que no ha de contribuir à esclarecer su idea; sus epitetos son variados y felices; las descripciones son cortas, en uno, dos ó á lo más tres versos, pero perfectamente acabadas á pesar de esta concisión; los personajes están perfectamente dispuestos y hay gran verdad en sus caracteres; maneja admirablemente el diálogo, dando lugar à escenas sumamente animadas; y las enseñanzas son profundas, conteniendo grandes preceptos de moral.

Por lo que respecta á la originalidad de Fedro, es bien tener en cuenta que el objeto de sus fábulas es el que Roma tenga un nuevo género y más escritores que oponer á su maestra la Grecia (lib. II, epil.), pues casi todos los otros géneros literarios habianse trasplantado del territorio de la Hélada á la ciudad de las siete colinas. Mas no se crea que Fedro se hace siempre imitador servil de las invenciones esópicas, como él modestamente suele indicarlo: hay algunos apólogos verdaderamente originales y aun con alusiones á sucesos contemporáneos, y á todos les presta un colorido suyo propio. Sin embargo, como la vocación de Fedro no era de fabulista, no posee el genio del

apólogo, así es que se nota en esta parte bastante diferencia entre sus fábulas y las de Esopo: éste es, digámoslo así, el fabulista, aquél, escritor de fábulas. En las de Fedro no hay la observación íntima de los animales; bajo la figura de estos se encierran verdaderos personajes filosóficos, resaltando esto en algunas, como sucede en la de los *mulos y los ladrones* (lib. II, fab. VII), por otra parte de gran mérito, en la que hace la pintura abstracta del orgulloso y del hombre humilde: el verdadero fabulador debe aliar perfectamente la manera de ser de los irracionales con los caracteres que representa.

También notan los críticos que Fedro vivía en una época de decadencia en que la lengua latina comenzaba a perder su pureza: el gusto literario se apartaba de la sencillez y corrección clásica, y estas circunstancias de su tiempo se infiltraron también en Fedro, como se echa de ver en el uso de provincialismos, rebuscamiento y estudio de las frases, empleo afectado y continuo del abstracto por el concreto, en armonía con el formulario estóico, lo cual cambia la gravedad de la poesía en la frialdad de la prosa. Los ejemplos de estas abstracciones son muy frecuentes en Fedro: por ejemplo, por decir *el largo cuello* escribe

la longitud del cuello (lib. I fab. VIII, Lupus et gruis), en vez de: *desgraciado, tú no experimentarías ésta afrenta*, dice: *tu desgracia no experimentaría etc.* (lib. I. fab. III, Graculus superbus et pavo).—Fuera de esto podemos decir de Fedro que si no tiene verdadera imaginación de fabulista, posee en cambio todos los secretos del arte y del estudio que pueden en cierto modo suplirla: y la posteridad ha hecho justicia à su mérito haciendo muchas ediciones de sus fábulas y traduciéndolas à todas las lenguas.

Para concluir con la serie de fabulistas clásicos réstanos hablar de Aviano; pero tan desconocido se nos presenta este personaje como todos los que hasta ahora nos vienen ocupando, tanto que hasta hay algunos críticos que le niegan la personalidad, suponiendo que solo ha existido Rufo Festo Avieno—poeta erudito más conocido y de la misma época de la languidez literaria,—à quien algunos consideran de origen español. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que tenemos una colección de cuarenta y dos fábulas esopianas, atribuidas à un desconocido Flavio Aviano del siglo IV de nuestra era ó bien al citado Avieno. Dichas fábulas están escritas en versos elegiacos ó sean el exámetro y pentámetro, y aunque hay

algunas de mérito, en general son muy inferiores   las de Fedro. Entre las primeras podemos citar la de la *encina y la caña*, que es la XVI de la colección,   imitándola el principe de los fabulistas, La Fontaine, ha hecho de ella una de sus mejores f bulas. También es digna de leerse la XXVI intitulada *el león y la cabrilla*, de la que acompañamos, casi literalmente, nuestra traducción castellana:

Pasando un león hambriento

Bajo una roca

Atisb    una cabrilla

Pastando sola;

Y dijo:  ea!

Deja al punto esa altura

No seas necia;

Aquí en el verde prado

Hay buen citiso

S uces de frescas ramas

Tierno tomillo.

Y ella, engañoso,

(Dice) no me motejes

Pues te conozco;

Tu consejo no es malo

Pero yo creo

Que no inspira confianza

Mal consejero.

Buenas palabras

*Suelen ser muchas veces
Interesadas.*

Las fábulas de Aviano fueron traducidas al francés por M. J. Chenu en 1843.

Pero no debemos terminar esta parte de nuestro trabajo sin mencionar siquiera la colección de fábulas en verso latino, de notable elegancia, de Faerno, poeta del siglo XVI, natural de Cremona, las cuales tienen la particularidad de haberse compuesto antes de la publicación en Troyes por Pithou de las del insigne Fedro; así como los quince libros de fábulas latinas, muy estimadas, que escribió el P. Desbillons nacido en 1711 en Chateauneuf (Francia), con el título de *Fabulae aesopicae*, amen de otros dos libros de la misma índole que incluyó en su *Miscelánea posthuma*, obra publicada a los 80 años de su edad.

HE DICHO.





DISCURSO VII.

Carácter del apólogo en las literaturas cristianas: sus analogías con el cultivado en las literaturas clásicas y las orientales.— Fabulistas italianos más notables.— El apólogo en Inglaterra.— Cultivadores de la fábula en Alemania.— Fabulistas eslavos.

SEÑORES:

Después de habernos ocupado de la historia del apólogo en las literaturas orientales y en las clásicas, cúmplenos, en esta tercera parte de nuestra tarea, hacerlo en las literaturas cristianas. Y no tenemos necesidad de entretenernos en investigar las diferencias que separan á la fábula de este período respecto á los dos anteriores, habida cuenta que este género es eminentemente oriental y que, por consiguiente, no comparte con los otros literarios las marcadas y especiales circunstancias que les caracterizan en sus respectivas épocas históricas. Mas, del mismo modo que señalábamos—para no omitir detalle alguno de interés

en nuestro estudio—ciertas diferencias en la manera de ser tratado el género que nos ocupa en los dos periodos literarios que hemos historiado y que daban por resultado cierta distinción entre el apólogo *indio* y el *esópico*, que representaban dichas dos épocas respectivamente, será bien advertir que encontramos también diferencias, aunque accidentales, como en aquellos, entre el apólogo que podemos llamar cristiano y los otros ya estudiados. Estas diferencias consisten en una participación sintética de las cualidades privativas y opuestas entre sí de los primeros; es decir que en el apólogo moderno echamos de ver una relación en los asuntos como de fuente inmediata con los de las literaturas clásicas, resultando de aquí que la mayor parte de los insignes fabulistas modernos trasladan con frecuencia y casi textualmente trozos de Esopo y Babrio, Fedro y Aviano; no siguiéndoles, empero, en esa sencillez y carencia de adornos en ellos notados, sino antes bien empleando casi siempre esas formas graciosas y galanas, que exornan el argumento y que nos traen á la memoria los apólogos orientales. Y tanto es esto así que se dá el caso de que ciertas invenciones que tienen su verdadero y prístino origen en la literatura sanscrita, aparecen metamorfoseadas en fábu-

las griegas y latinas para volver á presentarse en nuestros modernos fabulistas revestidas con sus galas primitivas. Como comprobación de nuestro aserto, h  aquí lo que dice el Sr. Amador de los Ríos en su «Historia critica de la literatura española» al hablar de la versión castellana del libro de Calila et Dimna hecha por el infante D. Alfonso:

«Ap enas se hallar  colección   repertorio de f bulas, ya formado en la antigüedad clásica, ya en la edad media, ya en los tiempos modernos, donde no descubramos   cada paso claras derivaciones del libro de Calila et Dimna, cuyo sazonado estudio suministra la verdadera clave de los misteriosos y largos viajes que ha hecho por el mundo la forma simbólica, nacida en el Oriente. Tarea no difícil seria la de poner aquí abundantes testimonios de esta verdad, cualquiera que fuere la historia literaria   que los demand ramos no solamente los fabulistas de todas las edades, sino también los novelistas y los poetas dramáticos, han puesto en contribución, tal vez ignorando su primer origen, los antiquísimos apólogos de Calila et Dimna, si bien revisti ndolos del colorido propio de cada nacionalidad y de cada época.» Y al efecto, trasladada el apólogo de dicha versión en que un

brahman, que poseía una terraza de miel y manteca, embebido después de acostarse en halagüeños cálculos, que vendiéndola había de realizar, la arrojó al suelo en uno de sus movimientos desde una mesa próxima en que la había colocado. Este apólogo, después de aparecer en casi todas las literaturas, vino á ser versificado por nuestro Samaniego, dándole el título de *La lechera*. Otra fábula que ha tenido también la suerte de aparecer en casi todas las literaturas es la del perro con un pedazo de carne en la boca que, al ver su imágen en un río, por querer adquirir dos trozos se quedó sin ninguno; pues esta invención, que Fedro tomó de Esopo, forma uno de los doce apólogos contenidos en el cuarto capítulo del *Pantcha-Tantra*, y ha dado lugar á que Mr. Filarete de Chasles escriba un ingenioso folleto con el título de «Viaje de una fábula.»

Ahora bien, despues del renacimiento de las letras se cultivó el apólogo por excelentes talentos en las literaturas modernas. Haremos, pues, una ligera excursión por este campo, apuntando en un breve análisis las obras de los principales cultivadores.

Aunque dice Robertis que el genio poético de la Italia no se ha cuidado de este agradable y hermoso modo de poetizar á la esópiana, como

indica el abate Andrés, él mismo dió el ejemplo de fabular, que siguieron una pléyade de literatos italianos. Dionisio Robertis era fraile agustino, nacido cerca de Florencia: fué teólogo, orador, poeta, astrólogo y hasta se le atribuye cierta inspiración profética, amigo del Petrarca, profesor notable en Paris y obispo de Monópoli, donde murió en 1342. No quiso valerse para sus fábulas de las tradiciones esópicas é inventó al efecto otros nuevos argumentos, procurando agradar con el incentivo de la novedad: la moralidad es sólida y se desprende espontáneamente sin necesidad de sutilezas ni rodeos, pero falta candor y verdad. Lorenzo Pignoti, natural de Figlini en la Toscana, del siglo XVIII, pero que alcanzó hasta principios de éste, fué médico, naturalista, anticuario, poeta y profesor de física en Pisa y en Florencia, donde se imprimieron sus poesías, entre las cuales las que más popular le han hecho son las fábulas; pero en ellas aparece demasiado el poeta que describe, careciendo además de naturalidad. Passeroni, contemporáneo de Pignoti, natural de Lantorca (Niza), era poeta dotado de *vis cómica* é intención satírica, que se echa de ver en sus fábulas, donde brilla también la originalidad. Y en tiempos más próximos Bartola y

Gio han escrito fábulas sencillas de alguna estima, tomando sus argumentos de los fabulistas màs célebres antiguos y modernos.

Entre los ingleses tenemos à John Gay, que nació en el Desvonshire en 1688: fué secretario de Clarendon y amigo de Pope; mas habiendo caído en desgracia de la Corte murió de pesadumbre en 1732. Además de cultivar otros varios géneros con buen éxito, escribió un volúmen de fábulas que se han hecho clásicas en Inglaterra. Sin embargo, respecto à Gay podemos decir lo que indicàbamos de Fedro: aunque literato de gran talento no estaba dotado del genio peculiar del apólogo, así es que no suele tener en cuenta el carácter de los personajes que desempeñan la acción; además su estilo está recargado de reflexiones que destruyen à veces la unidad de la fábula. Florian le llama filósofo descontentadizo y poco ameno. Sus fábulas están dedicadas al jóven duque de Cumberland: fueron traducidas literalmente al francés por M.^{me} de Kéralio en 1759, y en verso à la misma lengua por J. de Salins en 1811: las más celebradas son *el poeta y la rosa* y *la corte de la muerte*, tomadas felizmente por nuestro fabulista alavés. Entre otros literatos ingleses que cultivaron el apólogo, pero con ménos éxito que Gay, podemos

citar á Dryden, critico eminente, versificador fácil y poeta elegante que, embebiéndose principalmente en el fábulista latino, publicó sus fábulas en 1698, es decir, veintiocho años antes que Gay; al mismo Pope que, al ensayar con prodigiosa fecundidad casi todos los géneros, escribió algunas fábulas notables; á Merrick, de quien se celebra principalmente la fábula *el camaleón*; á Edward Moore que casi puede competir con Gay, aunque carece de su pincél, sabiendo sin embargo escoger los actores mejor que aquél; á los eminentes literatos escoceses James Thomson y John Home, y, por último, á Grainger, Barness y Whitehead, habiendo florecido casi todos en el siglo XVIII.

No es la instrucción de la infancia y su educación el único objeto del apólogo. Ya lo hemos dicho; los oradores más insignes han usado de él con frecuencia, no siendo siempre su auditorio la indocta muchedumbre. Puede, pues, revestirse este género de cierta severidad, consagrándose á la inculcación de principios generales, de los que á su vez se desprendan ciertas enseñanzas, ya del orden moral, ya del científico, ora religiosas, ora políticas, que partiendo de un fondo severamente filosófico y rodeado de ciertas formas concisas que no den lugar á la explícita declaración de la morali-

dad, tengan en cambio más universal aplicación y produzcan una impresión más profunda y efectos más duraderos.

Hé aquí el nuevo derrotero abierto à la fábula por Lessing, el Esopo alemán, que nació en Camenz (Lusacia) en 1729; y aunque fué algún tiempo secretario del gobernador de Breslau su ocupación preferente durante su vida fué la literatura, desempeñando también el cargo de bibliotecario de Wolfenbuthel. Escribió varias obras de mérito; pero se dió à conocer primeramente en Berlín por sus *fábulas*. En ellas ofrece la particularidad de valerse de datos nuevos y originales; pero adolece del defecto de ser excesivamente breve y conciso à expensas de las gracias y à veces del interés.

Hay tal ternura, tal escrupulosidad literaria en sus fábulas, que hasta en las imitadas ha sabido introducir su acertada y madura crítica, mejorándolas con sus modificaciones de más gusto y exactitud que el original. Tal se ve en las esópicas (1), que apenas llegan à una docena, siendo las demás, hasta noventa, casi todas

(1) Por ejemplo: «Los pavos reales y la Corneja,» lib. II, fáb. X, tomada de Fedro, *Graculus superbus et pavo*, lib. I, fáb. III. Es más propia y natural la fábula del alemán que la latina.

originales. En medio del tono dominante en todas, melancólicamente satirico, reina una admirable variedad en ellas, en las que se encuentran para todos los gustos y circunstancias; y á pesar de los rasgos epigramáticos y algo duros que en algunas se notan, hay en todas cierto perfume que fascina y atrae. A veces eslabona dos ó tres fábulas que pueden considerarse como una misma, dividida en varias partes, empleando otros varios recursos ingeniosos. Otras, sin separación, encierra la afirmativa y la negativa de la cuestión ó sea el pro y el contra (1).

El docto y respetable Sr. Hartzenbusch ha sido digno traductor é imitador de Lessing (2), habiéndolo hecho también, así como antes Samaniego, del inglés Gay (3).

(1) Por ejemplo, la fáb. V del libro II *El muchacho y la culebra*, puesta en verso, en portugués, por el vizconde de Almeida-Garret.

(2) *Ensayos poéticos y artículos en prosa*: 1843.—*Cuentos y fábulas*: 1864.—Adición á la obra citada de Miér: 1872.

(3) Las sesenta y seis fábulas de éste, con las diez y seis de Edward Moore forman un tomito en 18.º, siendo una de las muchas ediciones hechas del célebre fabulista inglés, (*Fables y John Gay to which are added fables by Edward Moore. Streotype edition.*—París: 1800.)

¡Lástima grande que se pusiese Lessing en contradicción con casi todos los preceptistas y fabuladores y abandonase el lenguaje poético, escribiendo sus fábulas en prosa! Con efecto, ningún otro fabulador ni preceptista, fuera de un célebre abogado del parlamento de París (1), ha sido de esta opinión solo seguida por él, rindiendo tributo á ciertas corrientes de su época. La prosa, dice, ocupándose de este insigne escritor, uno de los más notables críticos literarios: «la prosa fué por mucho tiempo considerada como condición indispensable de toda exposición conforme á la naturaleza, á fin de que la lengua, libre completamente de trabas, pudiese corresponder mejor al abandono de toda forma. Sin embargo, pasó este modo de pensar; mientras que el culto de Shakespeare, al que sobre todo habia contribuido Lessing, quedó subsistente, y junto con él, en la exposición, una idea más elevada de la naturaleza que la que dominaba en los cuadros de familia del género de los de Diderot (2).»

Gellert de la misma época, célebre pro-

(1) Patru. Fables de La Fontaine. Preface.

(2) *Historia de la Literatura antigua y moderna*, escrita en alemán por Federico Schelegel, traducida al castellano por P. C.—Tomo II.—Barcelona.—Madrid: 1843, cap. XVI, pág. 281-282.

fesor de Leipsick, es fácil, ingenuo y agradable; pero carece de animación y movimiento: hay dos traducciones francesas bastante conocidas de sus fábulas; una en prosa de Tous-saint, Berlin, y otra en verso de Mr. Stévens, Breslau, ambas del mismo siglo. Gleim, militar distinguido entre las tropas prusianas y poeta tan pronto épico, tan pronto festivo, publicó una colección de fábulas en Berlín en 1756. Hagerdón de Hamburgo, escritor notable por la pureza de estilo, adolece del defecto de ser demasiado grave en sus fábulas, y Tichtwer es fabulista de gran inventiva, pero se le acusa de poca concisión y exactitud.

Hasta en la propagación del culto religioso se ha hecho uso del apólogo; y no sólo como en nuestros tiempos, con objeto de mantener viva la fé, sino también para enseñarla por boca del catequista. En la poco fecunda literatura eslava háse ensayado este género, en sus principios, con esa nueva dirección. San Cirilo, arzobispo de Tesalónica, conocido también con el nombre de Constantino el filósofo (siglo IX), es el paladín de la fé cristiana que, habiendo escrito una colección de noventa y cinco fábulas esópicas en lengua griega, la hizo traducir en los dialectos eslavos para uso principalmente de los catecúmenos converti-

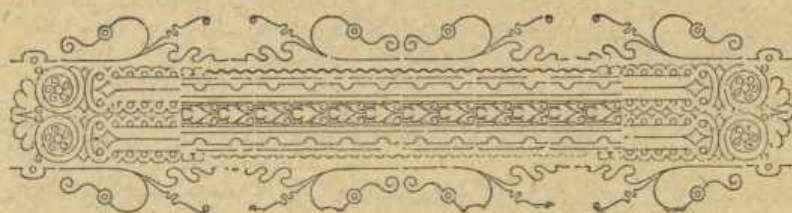
dos por su elocuencia al cristianismo. Dícese que todavía existe en lengua bohemia. Las demás versiones y el original se han perdido, quedando una antigua traducción latina intitulada *Spéculum sapientiae*. Este padre de la Iglesia, á quien se debe la invención del alfabeto eslavo, que ligeramente modificado es el mismo actual de los rusos (1), ha permanecido eclipsado durante algún tiempo como filólogo y como fabulista; habiéndose atribuido el alfabeto á San Jerónimo y las fábulas ya á San Cirilo de Jerusalém (siglo IV), ya á San Cirilo Alejandrino (siglo V) (2).

Dos nombres más para concluir esta parte: Overbeek, sobrino del célebre pintor holandés del siglo XVIII, y Kriloff, genio nacional de la exigua literatura rusa (1768-1844), de quien hay un monumento fúnebre en San Petersburgo, con bajo-relieves simbolizando al fabulista, cultivaron con éxito el apólogo; gozando este último de tan justa celebridad que en 1825 el conde Orloff hizo en París una magnífica edición de sus *Fábulas*, con traducciones en francés é italiano.

HE DICHO.

(1) *Parallele des langues de l'Europe et de l'Inde*, par F. G. Eichhoff.—Paris: MDCCCXXXVI, pág. 63.

(2) Schoell. *Lit. grecque*, tom. VI, chap. LXXVII, págs. 214 y 215.



DISCURSO VIII.

El apólogo en la literatura francesa.—Juan de La Fontaine, el inimitable en este género.—Una traducción castellana de las fábulas de La Fontaine.—Análisis de la fábula la encina y la caña.—Lamotte y Bensserade.—Fabulistas franceses del siglo XVIII, entre los que descuella Florián.—Arnault.

SEÑORES:

La influencia didáctico-simbólica oriental, no se deja sentir en la literatura francesa hasta el siglo XIII, época posterior à su aparición en nuestra patria, aun admitiendo que el libro de *Sendebar* (Syntipas griego) fuese transplantado à su territorio durante la primera Cruzada (1095-100) y traducido en prosa por un anónimo en dicho siglo XIII, y en verso por Heberto le Clerc; (1) advirtiéndose en él, de todas suertes, algunas muestras de las literaturas clásicas. El *Castoiment*, de autor desconocido, es una colección análoga y de

(1) Véase el final del discurso tercero.

la misma fuente. Un padre instruye á su hijo narrándole veintiocho cuentos, que suministran cada uno su moralidad respectiva. A excepción de algunos pasajes, tanto más inconvenientes cuanto que se ponen en boca de un padre, la moral es sana, lo que junto con la brillante imaginación del autor hacen recomendable este antiguo libro. La colección de Maria de Francia, ya anotada en nuestro discurso quinto, sin que este sobrenombre indique noble alcurnia, pues procedía de una humilde familia de Bretaña, contiene algunas fábulas originales ó por lo menos de procedencia desconocida, por más que esté hecha en presencia de una colección inglesa tomada del latín, y ésta á su vez del *grin* de Isopet. Entre ellas es notable la *D' un prestre qui mist un leu á létre* (el cura que quiere enseñar à leer à un lobo). (1)

Mas, sea de esto lo que quiera, en la literatura francesa es cultivado el apólogo por brillantes y numerosos ingenios; llegándose, empero, á incurrir en tal manía de escribir fábulas, que un crítico francés de principios

(1) *Histoire de la Littérature francaise au moyen âge*, par M. Emile Lefranc.—Nouvelle édition.—Paris: 1864.—Livre III, p. 351 et suiv.

de este siglo, después de enumerar dos docenas de los fabulistas de su país, añade que todavía eran conocidos más de trescientos. En la imposibilidad de dar cabida ni aun al catálogo de estos escritores, y habida cuenta de la escasa importancia de la mayor parte, nos ocuparemos de los más eminentes, sin hablar de los insignes literatos que, como J. Bautista Rousseau, Boileau etc., escribieron algunas fábulas sin dedicarse á este género.

El genio del apólogo, Juan La Fontaine, nació en 1621 en Chateau-Tierry. Su vida ofrece poco de notable. Habiendo logrado la protección de las personas más influyentes de la corte de Luis XIV, jamás consiguió las simpatías del rey. La duquesa de Bouillon, que le tenía gran afición, le llamaba un *fabulero*, queriendo significar, si bien no con mucha exactitud, que su protegido producía fábulas como un árbol sus frutos. Otros suponen que fué su otra amiga madama la Sablière, en cuya casa vivió veinte años el fabulista, la que le aplicaba dicha denominación. En la última época de su vida, que llegó á los 74 años, se echó en brazos de la religión, que siempre había mirado con indiferencia y hasta con desprecio, decidiéndose por consejo de su confesor á suprimir algunas obras en que la mo-

ral y la decencia no salían muy bien libradas.

La Fontaine, cultivador de diferentes géneros poéticos, no comenzó á publicar sus fábulas, esas fábulas que le han immortalizado y que todos los franceses saben de memoria, hasta la edad de 47 años. Los ciento noventa y tres apólogos de que consta la colección están distribuidos en doce libros, teniendo algunos de ellos su dedicatoria especial á algún personaje y otros un epílogo. El gran mérito de sus fábulas ha hecho que se le llame muy justamente el *inimitable* y se le denomine el Esopo y el Fedro de la Francia: aunque hay algunas pocas defectuosas, en general son verdaderos modelos, tanto por la poesía y el estilo como por el talento y el gusto. Nadie ha aventajado á La Fontaine en la sencillez, naturalidad y candor, que hace compatibles con la profundidad de pensamientos y á veces sublimes conceptos; ameniza el relato con gracias oportunamente prodigadas; el diálogo es ingenioso, vivo y cortado; los caracteres aparecen hábilmente dibujados, y de tal modo se identifica el autor con los personajes irracionales que la ilusión es completa. Tan perfecto fabulista aventaja á Esopo en el ingenio y á Fedro en la elegancia, siendo sobre todo incomparablemente ameno. La originalidad no

era un mérito que La Fontaine tuviese en mucha estima, así es que se limitó, en la primera parte de sus fábulas (los seis primeros libros), á tomar los asuntos empleados por Esopo, y en la segunda (los seis últimos), según él mismo lo anuncia en la *Advertencia*, imita á Pilpay, Lokman, Fedro y otros de más reciente fecha. Aunque Voltaire censure algunos pensamientos y expresiones en este fabulista, y J. J. Rousseau no encuentre sino cinco ó seis fábulas *en que brille con eminencia la sencillez pueril* y eche de ver pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños, el aire de naturalidad y verdad que La Fontaine da á sus narraciones, el interés que consigue mezclar en las cosas, aun las ménos capaces de él, su candor, sencillez, y buena fé enamoran, como dice el abate Andrès, y hacen que se olviden los defectos que apunta la fría crítica. La gran extensión de muchas fábulas suele ser una verdadera excelencia, pues no se entretiene el autor solamente en adornos y flores; sino que se toma en las cosas tal interés, que suele aplicarlas toda su elocuencia y erudición para darles vida y animación: se identifica de tal suerte con los objetos, que analiza y describe todas sus circunstancias, simpatizando con ellos y describiéndolos con vigor y energia.

Son tantas las ediciones que de estas fábulas se han hecho que seria imposible enumerarlas todas: la que nosotros poseemos forma un bello tomito en 8.^o, cuyas fábulas están casi todas ilustradas con preciosas viñetas, representando los personajes y asunto de cada una, yendo acompañadas de interesantes notas de Mr. Coste: en esta edición (Paris, 1849), además de la Dedicatoria al Delfin hijo de Luis XIV y de un prefacio sobre la moralidad del apólogo, se terminan los preliminares con una biografia de Esopo, todo debido á la pluma de La Fontaine, así como una *advertencia*, y una dedicatoria en verso á M.^{me} Montespán de la 2.^a parte.

Entre las infinitas traducciones que de estas fábulas se han hecho, tenemos á la vista la castellana en verso de D. Bernardo Maria de Calzada, capitán del regimiento de la Reina y *socio de mérito de las reales sociedades bascongada (sic) y aragonesa*, Madrid, 1787, que forman dos tomos en 4.^o Por más que en esta versión se interpretan con bastante exactitud los pensamientos del original, la dicción es prosáica y algo baja, distando infinito de la gracia y donaire del inimitable francés.

Ya que los estrechos límites á que tenemos que circunscribirnos en nuestro ensayo uni-

versal sobre la historia del apólogo, no nos permiten entrar en un detenido análisis de las joyas que en este género ofrece La Fontaine, terminaremos su estudio traduciendo de Bernardino de Saint Pierre, un desenvolvimiento crítico de una fábula que justamente consideraba su autor como una de las mejores, y es la XXII del libro primero titulada *la encina y la caña*; cuyo mérito sube de punto al considerar que este asunto habia sido ya tratado por casi todos los fabulistas que le habian precedido, y á quienes La Fontaine eclipsa de un modo completo:

«El autor (dice el de Pablo y Virginia) pinta un cuadro, en que todos los poderes de la naturaleza en acción desempeñan su papel. Allí aparecen el sol, el viento, la tempestad, el agua, una gran montaña, *la encina y la caña*..... en fin un *régulo* (pajarito diminuto). Es indudable que si en este paisaje se hubiese dado entrada á un sér humano el interés no hubiera sido mayor; pero á falta de esto La Fontaine personifica á sus dos actores inanimados dando á la encina *una frente semejante al Cáucaso, una espalda que jamás se encorba, una cabeza vecina de las nubes, y piés que se sepultan en el imperio de los muertos*. Atribuye al árbol sentimientos conformes con su

magnitud, un orgullo protector, una compasión desdeñosa; y le opone una débil caña, juguete de los vientos, pero modesta, sufrida, contenta con su suerte y que encuentra su salvaguardia en su misma debilidad. Presenta de nuevo, en seguida, su situación, naturalmente circunscrita, pero rodeada de admirables imágenes que representan circunstancias exteriores; llama á los pantanos, *húmedos bordes de los dominios del viento*; personifica el mismo viento; y al fin acontece la catástrofe para servir de eterna lección á los grandes y á los pequeños. La moralidad de esta fábula no se encuentra recapitulada en forma de *precepto* al principio ni al fin, como en casi todas las de La Fontaine, sino que, lo que es aun mejor, está esparcida en todas partes: es el lector mismo quien la saca, no el autor.... Sin embargo, la moralidad de este apólogo puede suponerse principalmente contenida en las mismas palabras de su última imagen, las cuales convienen del mismo modo á la orgullosa encina arrancada de cuajo por el viento, que á los grandes de la tierra derribados por causas muchas veces baladies.»

La Mothe, natural de París (1672-1731), literato erudito, poeta dramático y correctísimo y elegante prosador, quiso seguir las

huellas de La Fontaine y compuso cien fábulas que dedicó al rey: en ellas demuestra un profundo estudio sobre la naturaleza é índole del apólogo y trata de evitar los defectos en que aquél incurriera; pero su ingenio no era propósito para el cultivo de un género, cuya naturalidad y sencillez contrastan con la viva fantasía y fogosidad del autor: así es que si en cuanto á la invención y elección de moralidad lleva ventajas á su modelo, queda muy inferior á él por lo que respecta al estilo, á la narración y á las gracias.

Bensserade, natural de Normandía, docto latinista, tuvo el capricho de reducir á cuatro versos algunas de las fábulas de La Fontaine, de quien era contemporáneo, venciendo con habilidad la embarazosa restricción que se había impuesto.

Richer (Enrique), abogado en el parlamento de Rouen y poeta dramático distinguido, que floreció en la primera mitad del siglo XVIII, escribió doce libros de fábulas bastante estimadas por lo castizo del lenguaje y sencillez de los planes.

El fecundo literato Bailly, que tanta participación tomó en los revueltos acontecimientos que acompañaron á la primera república francesa, y que fué ejecutado bárbara y lentamente en el campo de Marte en 1793, además

de otra infinidad de obras, ha dejado una colección de fábulas póstumas de bastante precio; 1798, 2 vol. en 8.º

En el mismo siglo, Lemonnier (Guillermo) debió su reputación á sus fábulas; Claudio Josefo Durat compuso poesias ligeras y entre ellas algunas fábulas, en general sin éxito; el abate Aubert, crítico parisiense, se dió á conocer principalmente por una colección de fábulas de tan grande aceptación, que refiriéndose Voltaire á las intituladas *el mirlo*, *el patriarca* y *las hormigas*, dice que eran *sublimes y escritas con naturalidad*. También pertenecen al siglo XVIII el procaz y cáustico Pirón; el erudito librero Cailleau; el distinguido poeta Imbert, cuyas *Fábulas nuevas* están llenas de agudeza y sal; y otros fabulistas de menos importancia como Le Noble, Dardenne, Grozeliers, Boissard etc.

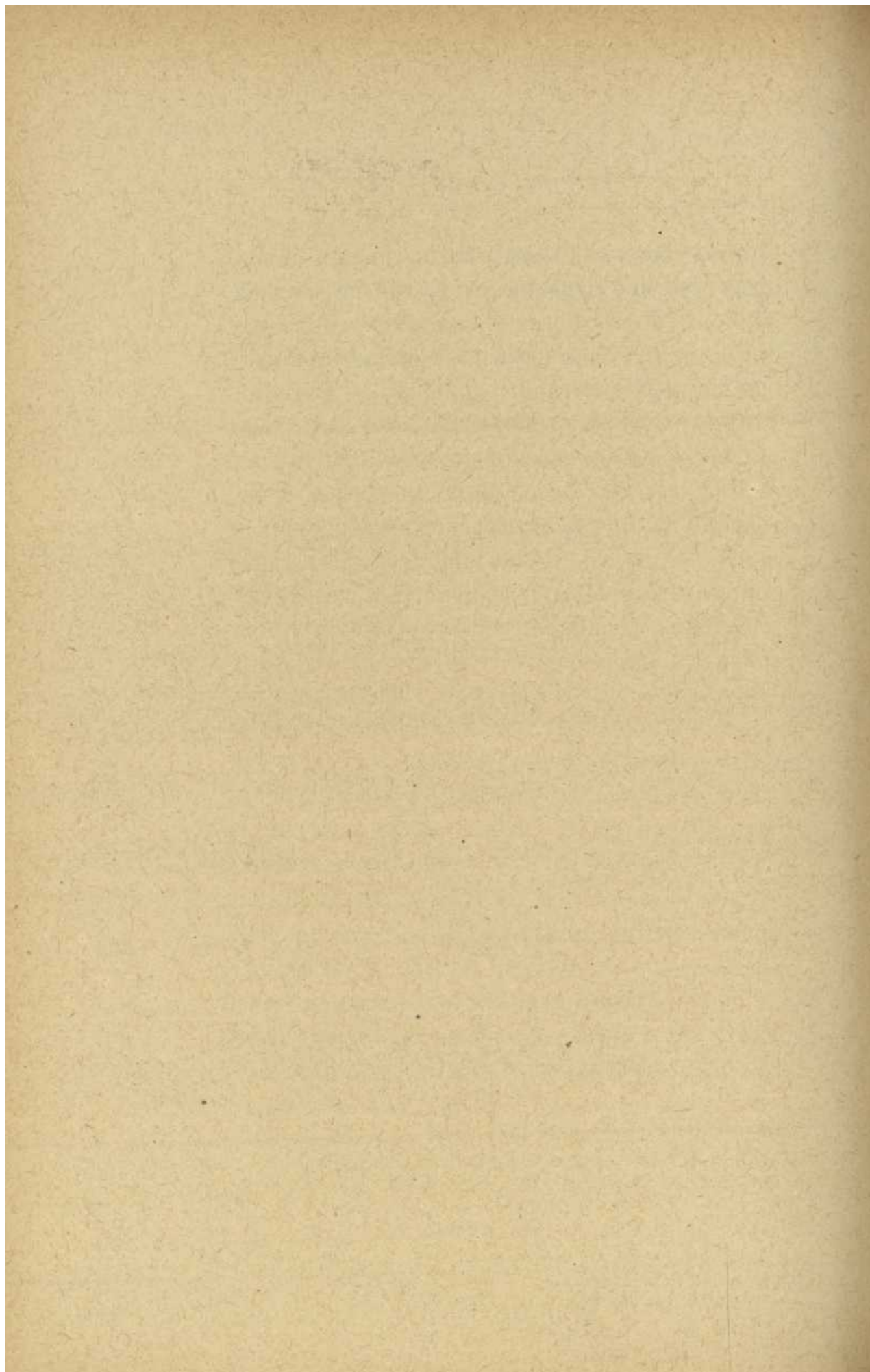
Pero el más eminente cultivador del apólogo en el siglo XVIII es Florián, íntimo amigo de Voltaire, y que se ejercitó en diversos géneros, en los cuales, si bien luchando con la falta de genio y vigor, da siempre muestras de sensibilidad y gracia; siendo de notar su entusiasta afición por la literatura española, en prueba de la cual hizo una imitación francesa del inimitable «D. Quijote.» Sus encan-

tadoras fábulas le aseguran un puesto inmediato al de La Fontaine. Se han hecho muchas ediciones de sus obras y daremos noticia otro día de una versión castellana de las fábulas.

Finalmente, Arnault, nacido en París en 1766 y muerto en 1834, siendo Secretario perpetuo de la Academia francesa, y á quien puede llamarse el trágico republicano con referencia á su *debüt* literario, escribió, entre otros muchos trabajos, fábulas muy estimadas y que contienen, á vueltas de indicaciones maliciosas y satíricas, grande intención profunda y filosófica.

HE DICHO.







DISCURSO IX.

Primeras manifestaciones de la literatura simbólica en la prosa castellana.—Libro de Calila é Dimna.—Libro de Sendebat.—Otros libros anteriores al siglo XV, que contienen apólogos.—Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; sus fábulas.—Prioridad del simbolismo en las literaturas españolas respecto de las extranjeras.

SEÑORES:

Al hablar del fundamental origen simbólico del apólogo, indicábamos que el Oriente fué la cuna histórica de este género, y considerábamos al Pantcha-Tantra como el primer libro de esta índole que se conoce: indicábamos también, que en los primeros albores de la literatura castellana aparecía una estimable versión, directa ó mediatamente tomada de ese antiquísimo libro sanscrito. Es, pues, llegado el momento oportuno para ocuparnos de una obra que señala la primera aparición formal del simbolismo en la literatura castellana, dado

que anteriormente fuese conocido en nuestra misma pátria en la latino-eclesiástica, como lo prueba el examen de un libro del siglo XII titulado *Disciplina Clericalis* debido al rabino converso Pero Alfonso; por más que se hubiese ya ensayado en la poesía heróico-erudita de la primera mitad del siglo XIII en el poema de *Alexandre*, debido à Juan Lorenzo Segura; y aun reconociendo la existencia de algunas muestras de este género en el *Libro de los doce sabios* y las *Flores de filosofía* de la época de San Fernando, anteriores todos, por consiguiente, al libro de Calila è Dymna.

Sin entrar en una disertación que nos apartaría de nuestro primario propósito, acerca de si la versión de este libro está hecha sobre un texto árabe, hebreo ó latino, ó teniendo en cuenta todos tres, asunto que extensamente tratan los Sres. Gayangos y Amador de los Rios; vamos à hacer un breve examen crítico, puesto que el argumento nos es ya conocido, del libro traducido bajo los auspicios del príncipe D. Alfonso, que por su portentoso saber fuè más tarde apellidado el Rey Sabio. Tras un prólogo que no aparece en todos los códices, pero sí en la edición del catedrático de árabe de la Universidad de Madrid, ya citado, cuyo prólogo se endereza à probar la impor-

tancia del libro por el árabe que introduce también algunos apólogos, se explica en el capítulo primero el origen del mismo, en la excursión que Bersehuey hizo à la India por mandado del rey de Xirben ó el rey Anuxirven con objeto de apoderarse «tantas de yerbas é de muchas maneras, et si conocidas fuesen é cogidas, é confacionadas, sacarian dellas melecina con que resucitaría á los muertos.» En el segundo capítulo se narra, también en estilo parabólico, «la hestoria de Bersehuey, el filósofo.» En los otros diez y seis capítulos tienen lugar las conferencias entre el rey y el filósofo ya dichos, esclareciéndose la doctrina con numerosas fábulas, cuya unión en cada capítulo se establece con estas palabras que forman el nexo obligado entre casi todas: «¿Et cómo fué eso?»—«Dijo el filósofo.»—La prosa castellana se presenta ya en esta obra, aunque ruda, vigorosa y rica.

Dos años después (1253) de verificarse esta versión por mandato del infante Don Alonso, su hermano D. Fadrique, versado también en las letras orientales, hizo trasladar «de aráuigo en latin» el libro de los *Engannos et Assayamientos de las mugierès*, que es el más notable de los del famoso de *Sendebat*. El Sr. Amador de los Rios dice haber examinado el único

manuscrito que existe de este monumento de las letras castellanas, propiedad del Excelentísimo Sr. conde de Puñonrostro. Esta versión directa del árabe discrepa del primitivo original, de que en su día tratamos, en amoldarse à las costumbres de la época, añadiéndose además el apólogo final, completamente cristiano, cuyo título es: *Enxemplo de la mugier et del clérigo et del frayre*.

De la misma época y conteniendo también gran parte de la ciencia oriental en forma simbólica, aunque dejándose notar aun más que en los libros anteriores la influencia de las literaturas clásicas, son: el *Libro del Bonium ó Bocados de oro* y *Poridad de poridades ó Enseñamientos et castigos de Alexandre*.

Con idéntico carácter didáctico-simbólico se presentan casi todas las obras comprendidas en el tomo LI de la Biblioteca de Autores españoles, que contiene los escritores en prosa anteriores al siglo XV, recogidos é ilustrados por el citado D. Pascual de Gayangos, Madrid, 1860, tales como—además del supradicho de Calila é Dymna—los *Castigos é Documentos del rey D. Sancho*; el *Libro del caballero et del escudero* y el *Libro de Patronio*, ambos debidos á la correcta pluma de Don Juan Manuel; el libro de los *Enxemplos* y el libro de

los Gatos, de autores anónimos, donde aparecen otras fuentes à más de la oriental, y en todos los cuales se hallan hábilmente mezclados los más sabrosos apólogos y graciosos cuentos, vigorizados con la naciente pero enérgica prosa castellana.

Réstanos, en estos apuntes sobre los precedentes de la fábula en España, consagrar algunas palabras à un poeta insigne de la primera mitad del siglo XIV, notable por su gracia picaresca y chispeante. En efecto, Juan Ruiz, más conocido por el Archipreste de Hita, entremezcla agradablemente, entre los interesantes episodios de la *Pelea de D. Carnal y Doña Cuaresma*, *D. Melón* y *D.^a Endrina*, etc., bellísimos apólogos, en los cuales advertimos algunas diferencias respecto à los apuntados. No pierden aquí el engarce, digámoslo así, para formar cuerpo aparte y especial objeto, como se observa, por ejemplo, en el libro de *Los Gatos*; ni sirve de marco total, donde estas breves composiciones se presentan como un mosaico de brillantes colores, la conversación permanente entre un rey y un filósofo cual sucede en el de *Calila é Dimna*; sino que el nexo de unión es el mismo autor, puesto que sus propias aventuras forman el cuadro general de tan caprichosa obra. Pero otra particulari-

dad más notable aún nos ofrece el estudio de aquella; tal es el presentar por vez primera en la lengua castellana muestras del apólogo *esópico*, y esto es tanto más curioso, cuanto que no por ello se abandona la tan en aquella época socorrida fuente oriental, trasladándose casi textualmente, y otras veces con ligerísimas variantes, composiciones que leemos en Fedro, y tomando otras del *Hortulus* y el *Fabularius poeticus*, colecciones de fábulas latinas muy leídas por nuestros eruditos de los siglos XIII y XIV.

Como muestra del estilo de Juan Ruiz, transcribiremos el apólogo del *mur campesino* y el *mur de la villa*, que es uno de los más sabrosos, y que el eminente crítico anglo-americano Ticknor encuentra preferible à los de Horacio, Bartolomé Leonardo de Argensola—que también trata este asunto—y La Fontaine. (1) Es la contestación alegórica que, para demostrar cuánto mejor es la tranquilidad de su claustro que locos devaneos, da la monja à la Trotaconventos, mediadora de la solicitud amorosa

(1) Págs. 91 y 92 del tomo I de la *Hist. de la Lit. esp.*—Hartzenbusch ha imitado felicisimamente esta fábula; figurando también su asunto en las de Samaniego.